

del propio color una montera, que la cubria, á quien, quitándome el sombrero, respondí que desacomodado estaba, y buscaba á quien servir; perdóneme el ser varon, que corriendo mis ojos copiosas lágrimas, fué tanta la tristeza que me sobrevino, que apenas podia pronunciar palabra formada; consolóme, diciendo: ¡Ea, qué hombre de tan buena cara no dejará de hacer lo que debe á bueno! Vente conmigo, que yo te doy palabra de favorecerte si obras como debes. Seguía mas contento que la pascua de Navidad, donde hay piñones y muchachos, y á poco espacio llegamos á su casa. ¡Oh poder inmenso! ¿Quién no hubiera nacido entonces ó se quedara muerto así que fué lavado de su original culpa, para no llegar á ver al dueño de la casa? Quedéme inmóvil á la puerta, sin saber qué hacerme, por haber conocido el sitio donde la fortuna me habia arrojado, hasta que salió á la puerta el dueño á verme, como le habia dicho la mujer que me llevaba consigo. Mira, ¿qué haria yo cuando presente le vi, si ausente le temblaba? Díjome: Entra, hijo. El nombre mas tierno que crió naturaleza es; pero en la boca de este hombre todo fué horror y confusion para mí; él procuraba acariciarme, y yo toda el ansia que tenia era por huir de su vista. Era, en fin, el que ejecutaba la justicia en los miserables que por sus pecados salen á vergüenza pública, sentenciados á pena corporal.

En estos lances me hallaba, cuando Dios, que en las mayores necesidades acude á los suyos, acordándose de mí, me dió treguas con un profundo desmayo. Alivio es el que faltan los sentidos cuando hay penas en que ocuparlos; y cuando volví en mí me hallé en casa de un santo sacerdote, que habiendo visto lo que habia pasado, compadecido de mis pocos años, me llevó á su aposento, y ya cobrado de aquel letargo en quien representa la muerte su poder, me dispuse para huir, á cuya diligencia me salió el sacerdote al paso, deteniéndome, que con poco trabajo lo consiguió; pues así que vi hábitos de san Pedro, me consolé, diciendo entre mí: Donde hay insignias de Pedro, poco poder tiene Malco. Soseguéme, y preguntóme la causa; y sabida, me consoló, dándome pan y un trago de vino, con una reprension muy recia para mi poca edad, diciendo: Para el hombre que nació de padres humildes y es dado á buenas costumbres, hay en este lugar muchas ocasiones para comer y pasar; y para el que tiene valiente corazon hay en la campaña una pica ó un mosquito; y para el sosegado hay un oficio, á gusto de la persona, en que emplear la primera edad y hallarse en la crecida con que ganar de comer; y para el que á nada de lo dicho se aplica hay otros ejercicios, que, aunque no dan honra, no la quitan, ni estragan á nadie la calidad; y así, busque su remedio, que no es razon que estando en edad para ello no lo haga. A los niños siempre los suena mal la reprension, y mas siendo dada detrás del agasajo; á mí se me añudó el pan en la garganta, aunque lo tenia harta gana, con las razones de mi consejero; despedime, dándole palabra de tomar su consejo.

Si el que promete la enmienda por miedo del castigo tuviera siempre el látigo á la vista, él se enmendara; sale de la prision en que la pena le tiene otro de quien era, y con la libertad vuelve á ser el que antes ó peor.

¿Has visto el pececillo que enredado en el verde garito de juncos fidió toda la noche en su oscura prision, sin poder conseguir la libertad, hasta que las luces de el alba le enseñan puerto por donde librar la vida, y consiguiéndolo huye de aquel calabozo, sin parar en largo espacio? Así yo, que libre y en la calle me vi, todas se me hacian angostas, hasta que dí en el campo, donde pasé aquel dia pensando en mi fortuna, llegando la noche con su acostumbrada tristeza, hallándome en aquella soledad sin saber adónde guiar mis pasos; y pareciéndome que una noche como quiera se pasa, y en la edad nueva no se siente, pero siéntese en la madura, me arrimé á un ribazo con intento de quedarme allí aquella noche, cuando un pobre que descansaba el cuerpo sobre dos muletas, viéndome de aquel modo, me dijo: Hombre, ¿qué haces ahí? Mira que no es tiempo de quedarse en el campo. Y viendo que no le respondia, se acercó á mí, y me conoció, y yo á él por casario en Provincia. Preguntóme que en aquel sitio qué hacia á tal hora, siendo mi habitanza en la confusion del mundo. Contéle toda mi historia, y hallé consuelo en él; pues animándome, dijo le siguiese, que él me llevaria adonde me recogiesen aquella noche y todas las que gustase. Seguile, y me llevó á una casa, cuyos dueños eran dos viejos, marido y mujer, que en el santo matrimonio habian vivido cincuenta años y mas, de que tenian un hijo, que primero lo habia sido de mejores padres, pues le habia sacado de la casa donde llamaba padre á José; llamábanle hijo, y él los obedecia como tal. Así que entré se arrimó á mí, como vió otro de su igual en edad, y empezó á cobrarme amor, y yo á pagarle con la misma caricia, y á breve tiempo quedamos amigos, en tal grado, que no se hallaba el uno sin el otro. Faltaron los viejos, porque les faltó la vida, dejándole por dueño de todo; hacíalo conmigo como si fuera su hermano; tenia ocho camas, y todas se ocupaban; no faltaba con qué hacer trabajar á la sarten, ni el de Alcorcon holgaba; y yo, aconsejado de mi padrino, el que me llevó á esta casa, me arrimé á la vida mendiga.

Diéronme liciones entre él y otro compadre suyo, tullido de dia, y sano de noche; mi padrino era tuerto, y tenia una pierna mala, que en recogiendo quedaba buena, y su dueño con entera vista; las liciones fueron con una salutacion á la edad, como si fuera en el gusto de alguno tener poca ó mucha. Díjome el uno si sabria fingirme ciego. A quien respondí que por qué habia de ser ingrato á Dios, habiéndome dado buena vista, dar á entender al mundo que era ciego; que no la admitia por ser lición nada sana. Y yo le haré dos muletas, dijo el otro, con que mi compadre salga á pagármelas y hágase tullido. Tampoco me sonó bien, pues usándolo, el continuarlo habia de ser fuerza, y tal

vez, ofreciéndose ocasion de huir de algun aprieto, habia de quebrantar el precepto, y muchos no lo tendrían á milagro, aunque yo dijese que lo era, siendo causa de perder el crédito para la limosna. El primero volvió á decir que con un casquete de pez, quitándome el pelo, pasaria plaza de tiñoso, y que me imitaria unas llagas para autoridad de pobre. A lo que respondí que hombre de pelo habia de ser mientras tuviese vida. Enojáronse los dos, y me dijeron que me fuese norabuena, pues no estimaba ni agradecia las liciones que me daban, que alguno diera por otras tantas medio año de limosnas, que buscase modo de vivir sin pedir con el tonillo que ellos, ni repitiese llagas de Cristo ni pasos de su pasion, y que era muy niño y bacherill.

Yo, atento á todo, procuré por buenos medios el templar su enojo, á quien dije: Señores, yo estimo sus liciones, pero no las admito, pues en ellas no me han de ganar; y así, no se censan, que yo he de pedir con diferente modo que el que me enseñan, y con él me he de bandear sin pedirles nada, que yo no quiero sus consejos nada sanos, pues con ellos procuran enfermarme el cuerpo al parecer y que quede sin parecer el alma; yo tengo de fingirme tonto, pues lo soy, y no será novedad; y en viendo la mia, yo sabré decir cuatro chanzas honestas, con su poco de equívoco, que por lo traidora es razon al uso; andaré desnudo, con que daré lástima á los que me vieren, y á mí recuerdos de que nació así; y en extendiéndose mi fama, he de traer eriado conmigo para que recoja la limosna.

Agradóles la chanza, y me quedé con ella muchos dias, y me fué tan bien, que mi fama se extendió en la corte, llamándome unos Juanillo el de Provincia, y otros el de las verdades; y cree que siempre la he tratado, la profeso y la digo, aunque en muchas ocasiones me ha sido fuerza hacerla trocar la capa con la mentira, para que algunos á quien fastidia la verdad me oyesen, aunque verdaderamente la mentira no tiene mas paga que la burla y la verdad; la admiracion se entiende viniendo como quien son, pero tocando capas, todas pasan plaza de buena moneda en el oido del poco virtuoso, á quien suena bien la fábula, y da asco la lición científica y enseñosa de la verdad. A los que conocia yo de buen natural los decia la verdad desnuda, porque yo via que agradaba á su oido; y á los que les hiera la verdad, ella por ella se la guarnecia con ribete de chanza, con que no yendo en carnes, no ofendia al oido de los que tienen librado el gusto en el Repolista; que es un bufon desvergonzado que entretiene á muchos tontos de la corte, á quien solia yo decir: Hartaos de mentiras, que podrá ser oír la verdad en el otro mundo, como decia Leonidas Espartano á sus soldados: Comed bien, satisfaced esa hambre que os prime, que podrá ser el ir á cenar á los infiernos. Bien conozco que todos cuantos siguen la verdad todos miran á un blanco; aunque vayan por diferentes caminos, todos se juntan á un fin, que como el que la crió es solo un Dios, ella es siempre una, como lo confesó Hermagoras, de

quien habla san Agustin: era gran filósofo, matemático y astrólogo; hacia burla de sus padres, porque adoraban muchos dioses; la verdad ha de ser siempre una, pues es siempre un Dios el que la crió.

Aunque se disface, dijo el cautivo, no es posible el deslucirla de sus atributos, que son limpieza, pureza, valor, bondad y suavidad, y yo creo que el tiempo no sujeta á la verdad, que la verdad sujeta al tiempo.

Así es, respondió Juanillo, y el consejo del poderoso, si tiene algo de avariento; no lleva fundamentos de la verdad, porque de ordinario le mueve solo su comodidad, con que hace verdadero el refran de quien mas tiene mas quiere; á mí jamás me movió el interés mas de hasta sustentar mi persona moderadamente, pues nunca he sabido qué es tener un real sobrado; y como hecho á estas humildes armas, no me inquieta la gula de la riqueza, que es un gusanillo que roe hasta el alma, y siempre he procurado huir de la mentira y de su hijo el engaño; y conozco que aun dicha forzosamente, no lleva brios de valor, y el mejor medio es no usarla, y el mayor castigo del mentiroso es que si alguna vez quiere decir verdad, no es creída por tal de quien le conoce y escucha, porque el que está habituado á mentir, nunca sale de aquel trato, y conocido por tal, no le dan asiento entre hombres de razon, pues no sirve de otra cosa que de inficionar, como apesado. Pero cree que está el mundo de tal data, que no quiere ni consiente carda, por andarse en el corro de la mentira.

¡Oh árbol de la vida, dijo el cautivo, si por traer las raíces al revés de los otros árboles, quieres andar, mal haces, habiéndote dado Dios cinco sentidos y tres potencias! Guárdate del fuego, que como árbol te puede quemar, que no eres de la madera del árbol Laix, á quien el fuego no ofende, que tú eres un árbol sujeto á cuantos trabajos hay pesados en el mundo, y siendo tan cierto, tan cierto es el olvido en tí.

¡Qué bien dices! dijo Juanillo, que en los animales podia notar los reales de grandeza que tiene á todos, pues el mas prudente es el elefante, que aprende lo bueno ó malo que el maestro le enseña, y con el pié dicen haber escrito letras formadas en la arena; mas discurso tiene el hombre, pues es el maestro, y á quien se sujeta el elefante, y no aprende lo que le enseña el maestro, que por suyo señaló Dios en un confesionario, en un púlpito y otros lugares. El caballo es el mas noble de los animales; y su madre tiene cuidado, para quererle y criarle, el comerle así que nace la carne que saca en la frente; y al hombre, sin tener que dar á Dios mas de una mala correspondencia, le está queriendo y criando, siendo la mejor obra de sus santísimas manos. El perro es el animal de mas memoria que hay, y en conocimiento excede á muchos, pues conoce á todos los que le hacen bien, y llora por el que mas bien le hace, si le pierde, como cuentan muchas historias; conoce el camino pasándole una vez, y sabe huir del mal paso; y el mal hombre no paga ni agradece á Dios los beneficios que de él recibe, ni se aparta del camino

que le aparta de Dios, ni llora, aunque le pierda. El lobo tiene la grandeza de lo reluciente de los ojos, y su cabeza es contra los hechizos; mejores ojos tiene el hombre, pues parecen dos hermosísimos luceros del cielo, y no tiene cosa que sirva para alivio de su prójimo, pues solo su provecho le mueve. El ciervo tiene aquel conocimiento de la yerba siselis, con que las mujeres mitigan los dolores del parto, comiéndola cuando vírgenes; el hombre conoce cuantas yerbas odoríferas y salutíferas hay en el mundo, sin pagar el enseño á quien tanto le costó su doctrina, y siendo malo, hasta el alma de los que con él traían infición: El oso se sustenta los inviernos del humor de sus manos, y el hombre de tan ricos y sustanciales alimentos como produce el aire, el mar y la tierra, sin desvelarse en dar gracias á su Criador. El toro solo fué un tiempo estimado entre los romanos, y el hombre sabio lo es en todo el mundo. El animal mas venerado de los españoles es el leon; y el hombre cuerdo, temido y venerado de todos los vivientes, y con tantas partes tan superiores á los animales, da en pago una continua ingratitud, sin acordarse de las obligaciones de cristiano, amando á la mentira y el engaño; y mandando Dios que ampare á su prójimo, en lugar de hacerlo, le pone el pié para que caiga. ¡Oh culebra vil é inútil, que arrastrando andas por encima de tu mismo pecado, sin dar la mano á la razon, para que sirviéndote de muleta, te levante del engaño en que estás! Si el castigo del mentiroso fuera como el de la atrevida abeja que pica, y el atrevimiento le cuesta la vida, él se apartara de su daño. En fin, volviendo á mi historia, no hay cosa estable en este mundo; pues lo que hoy es cuerpo viviente, mañana es frio cadáver. Enfadome el mendigar con tanta salud, y aconsejado de un religioso, á quien yo acudia, y de quien siempre he recibido buenos consejos, dejé la vida poltrona, asistiendo en su convento, donde hoy estoy sirviendo, sin que me falte cosa de lo necesario para alimentar la vida, que es la que te he contado.

Muy agradecido te confieso, dijo el cautivo, á la merced que de tí he recibido en haber contado tu vida, que de verdad que tiene que dar muchas gracias á Dios el que criándose sin padres ni maestro, sale virtuoso, y en particular el que ha corrido siempre fortuna de pobre; y porque ya es tarde y el cuerpo miserable pide descanso, dejo de contarte mi peregrina historia, pero lo ofrezco para la primera ocasion; solo te digo que mi nombre es Onofre, mi patria Nápoles, y te suplico que por la mañana vengas, para que como hijo deste lugar me le enseñes, con las cosas mas notables que en él pasan, que pues confiesas no moverte el interés, yo te ofrezco el agradecimiento. A quien Juanillo ofreció de servirle, y despedidos, se recogieron.

DISCURSO II.

No apenas mostraba el dia sus deseadas luces, pues solo las muestra ó manifiesta entre penas á aquel que

las aguarda para ofensas de Dios, sirviéndole de letargo mortal lo que por alivio le envia el Autor de todo. Mostrólas entre alegres endechas de diversas aves, con cuya sonora armonía alaban á su Criador, cuando llamó á la puerta de la posada de Onofre Juanillo, á quien halló vestido, que á quien siguen cuidados, poco acompaña el descanso. Diéronse los buenos dias, y despues de preguntarse cómo habian pasado la noche, y respondiéndose cortesmente, dijo Juanillo así: Pues Dios ha sido servido que veamos la luz del dia, habiendo pasado la oscura tiniebla, aquella que con su manto nos enluta las luces que nos alientan, con que nos da lecciones para morir, pues cada dia tiene fin, sin reservarse el mas festivo ó lucido del año, imitando la triste muerte á la fria noche, pues atrevida acaba la vida mas descansada y la edad mas robusta, hilando siempre el estambre sutil de nuestra vida la parca Cloto, Lachesis la tuerce, y Atropos la corta. ¡Oh corta vida del hombre! pues sin hora de descanso pasas la carrera, sin poder volver atrás un paso. Razon será que desterrando la pereza nos encaminemos adonde con quietud oigamos misa; y si te parece, sea en la casa de la milagrosa virgen de las Mercedes, pues es á quien debes el buen suceso de tu libertad, que allí hay gran quietud, que es la parte que mas conviene para contemplar tal misterio. Contento soy, dijo Onofre, bien puedes guiar donde quisieres, que desde luego te doy palabra de obedecerte en todo.

Fueron, y á breve instancia llegaron al religiosísimo convento de la redentora María, en cuyo altar mayor hicieron oracion, pasando al milagroso santuario de aquella hermosísima aurora, que desde el seno del padre fué enviada para ser madre de Dios, con el privilegio de concebida en gracia y en gloria, dádiva de su amado hijo, como quien pudo y quiso; y así que entraron en la capilla, cuyo título es Remedios del hombre, salió misa, que oyeron con grande quietud, hasta que copioso número de hombres y mujeres se llegaron á la santa comunión, que duró el darla largo espacio, de lo que Onofre estaba absorto y elevado, viendo tantas almas arrepentidas junto á su Dios, pues con amor le recogian en sus entrañas. Acabóse la misa, y saliendo á la calle, preguntó Onofre á Juanillo si era continuo el comulgar tanta gente. A lo que respondió: Sí, y dura el tiempo que las misas, que será hasta las dos del dia, y no es solo en esta capilla, que hay en Madrid muchos santuarios donde es lo mismo. Onofre no cesaba de dar gracias á Dios, diciendo: Señor, tantas almas buenas son causa sin duda que nos consintais á tantos malos como somos en este mundo. Perturbólos la contemplacion una tropa de pobres que iban á todo correr; y habiendo Onofre reparado en sus achaques, que despues de colmada edad habia tullidos, mancos y otros con plagas bastantes para pedir limosna, reparó en otra cantidad de mujeres, asimismo pobres, con las ruinas que la edad y la necesidad traen. Preguntó á Juanillo la causa de ir separados unos de otros y dónde tan apriesa, á lo que respondió: Estos van con

la bulla que ves por conseguir el coger limosna de dos ó tres casas; y el ir apartados hombres de mujeres es que en algunos casas de señores, donde dan limosna, gustan que el rato que aguardan sea no estando juntos, porque la ociosidad no tome ocasiones; y así, dan en unas casas limosna á hombres, y en otras á mujeres; y yo me conformo con el buen gusto, pues aunque pobres, tambien son de la culpable materia que los ricos, aunque algunos creo que extrañan esta verdad, pues en viendo á un pobre buyen de él como de una fiera, siendo quien por un ochavo se ofrece á ser abogado ante el tribunal de Dios. ¡Qué de cosas consigue el que da limosna al necesitado! pues viéndose socorrido, dice, penetrando con aquella humilde vista las celestes esferas: ¡Dios te dé que dar, dándote de sus bienes! El que lo ve ó lo sabe esparce fama, pues con amor le alaba de caritativo y limosnero. Dios, que todo lo alcanza, le señala premio, porque parte con el mendigo el hacienda que le dió en administracion. ¡Oh grandeza de la limosna dada con amor! Que no es razon darla con desagrado al que necesitado la pide, que harta vergüenza gasta, y bien propia, á trueco de sufrimiento ajeno, y no serán estos pobres solos, prosiguió Juanillo, que por otras calles irán muchos mas; y estos son pobres que no perecen, porque piden públicamente, pero cuántos necesitados habrá de puerta adentro con muchos hijos, sin tener pan que darles. Tal creo, dijo Onofre, pero no morirán de hambre, que tienen gran Dios que los socorra. Así es, respondió Juanillo, y para que alabes su grandeza y por el camino que cuida de sus ovejas el Pastor celestial, escucha.

Sale de la casa de un hombre poderoso una criada en busca de lumbré, y pasa cuatro puertas de la suya; vive en la que llega á llamar una pobre viuda con seis hijos: allí va á buscar lumbré, donde no ha ido jamás y casi en jamás se enciende; allí la guia Dios; llama á la puerta, y pregunta: ¿Hay lumbré? Conócela la mujer en la voz, y con eco afable la responde que no. No lo oye la moza, y entra dentro; la buena mujer la recibe como á cosa de la casa de un poderoso, que amor, rendimiento y agasajo siempre sobra donde sobra necesidad; la moza la mira el rostro pálido, lo que un pobre trapo, que sirve de toca, concede que se vea; vuelve la vista á un lado, y ve entre muy remendada manta seis criaturas, á quien por tapar mal la poca ropa manifiestan harto trabajosas camisas; uno llora, otro se va enterneciendo como ve llorar á su hermano, el mas pequeño pide pan, otro pide agua, otro dice que le vistan, y el mayor con algun discurso les dice que callen y no sean cansados. La madre enjuga con la toca las lágrimas que el sentimiento ha traído á sus ojos, y dice: Déjalos á los pobres, que no se han desayunado desde ayer mañana. La moza que por lumbré habia ido se enternece y queda como absorta; mira á todas partes, y cuanto ve todo es pobreza; vuelve el rostro, porque no vean su sentimiento, y enjúgale en el revés de la basquiña; sálese triste, sin pedir

lumbré, y sin ella se va á su casa; véla su ama, que aguardándola está para hacer chocolate; dícela: ¿Cómo no traes la lumbré? La moza no acierta á responder; mírala su señora el rostro, véle lloroso; preguntala qué tiene ó quién la ha ofendido, qué la falta, que cómo habiendo salido bien alegre, vuelve tan triste, que la saque de dudas y la responda. La moza, impedida de un sollozo, negándola el paso á la respiracion, forma medias palabras, y á partes iguales, ojos y lengua, cuenta la miseria que en aquella casa hay y la necesidad que padece. La señora, llena de piedad, agradece lo compasivo de su criada, y dícela: Si tú, á quien no acompaña tanto discurso como á otros, sientes tan entrañablemente la miseria del pobre, ¿cómo mi corazon no se deshace en lágrimas y te acompaña? Y pues me has dado en qué merecer con Dios, y poder emplearme en un acto tan agradable á sus ojos, socorrer quiero á esa mujer pobre, que bien tengo entendido que es una viuda recogida y virtuosa; y así, dueña te hago de cuanto hay en casa; alienta su pobreza, y ten cuidado cada dia de hacerlo, pues Dios me ha dado con qué. La moza, desde aquel dia nada perezosa, se convierte en ángel, y cuida de aquella Daniel metida en un lago de miserias, rodeada de seis leones, llevándola el sustento.

Mira por el camino que Dios envió á esta pobre qué comer, pues bien puedes creer que pasa en este lugar esto y mucho mas; y tambien hay algunos que pueden hacer limosnas, y no saben que tal se usa en el mundo, antes sirven de quitar el sustento al desvalido, en lugar de dárselo, y pasan á mas, que lo mismo que los sirve para anhelar, tambien se lo quitan ó encarecen.

La bien gobernada república de abejas cria entre sí un animalito parecido á ellas en lo que la vista registra; llámale zángano; susténtase con el trabajo de la pobre abeja, gozando del licor que su afan cria, pues la come la miel y la cera, sirviendo solamente de estorbo y de inquietud, sin dar provecho alguno, y aun no se contenta su ambicion, que cuando salen las abejas á buscar qué comer va con ellas, y es el que se come las flores mas copiosas y altas, sin dejar las cosas buenas; hasta en la comida pone carestía, que no se contenta con quitarlas el sudor y aliento con que afanan, siendo su estorbo y su inquietud, y apurándolas el caudal, que tambien las quita lo que las sirve de aliento. ¡Oh zángano con quien hablo! que no quieres conocer la pobreza de esa abeja, teniendo en tu casa, donde habitas, mucho mas de lo que has menester, y allí te ha dado Dios, con medida colmada, los haberes del siglo; conténtate con eso, y deja al pobre que aliente su penosa vida, pues con ella está gustoso, aunque no sale de trabajos; no le quites lo que le alienta, que le cuesta gotas de sangre; y si no quieres cesar hasta ver acabada esa higa que contemplas en el mísero, mira que una que cuesta dos cuartos suele librar de mal ojo al que la trae; compra tú las alabanzas de un pobre por dos maravedís, que en tal ocasion lo harás, que te sirva de guarda para no caer en las llamas eternas. Es-